

Trabajando juntos en la misión

Vuadi Vibila

Accra invita a las iglesias de la familia de la Alianza a jugar su papel en la misión de Dios: a reflexionar sobre y responder a los problemas del mundo, que de hecho le son propios, y a participar en el esfuerzo de la humanidad por la plenitud de vida. Una comunidad cristiana que quiere poner a prueba el verdadero testimonio está llamada a replantearse siempre su posición y sus estructuras y a abrirse a través del diálogo con los demás, participando en acciones concretas en los cambiantes contextos en los que se desenvuelve. De esta manera se nos recuerda nuestra “fe histórica”, una herencia que nos confronta con nuestra responsabilidad de transformación ante los cambios que se producen en todos los ámbitos de la vida.

¿Cómo pueden las iglesias de la Alianza responder a este mandato divino prescindiendo de las actitudes triunfalistas que en el pasado desfiguraron la misión? ¿Cómo podemos dar testimonio, sin traicionar nuestro llamado y ser un instrumento eficaz de la mano de Dios en un mundo plural? ¿Cómo podemos trabajar juntos en la misión, profundizando así nuestra propia unidad?

La misión de Dios no se limita a la Iglesia

En la actualidad, la comunidad cristiana, que cree en un Dios creador que obra a través de Jesucristo y el poder del Espíritu Santo, está obligada a trabajar en total humildad por la liberación de la humanidad y la restauración de toda la creación junto con “los otros”, de quienes Dios se vale para el mismo fin.

Como iglesias, nos encontramos en la misión divina (*missio Dei*). Dios nos llama a participar en su obra de transformación. La misión de Dios no se limita a la Iglesia. El Espíritu de Dios es tan imprevisible como el viento que sopla donde quiere (Jn 3:8). Reconocer este hecho permite superar las críticas de las que en el pasado fue objeto la misión cristiana. La imagen que las iglesias tenían de sí mismas y la realidad se contradecían: las iglesias se consideraban servidoras de aquellos ante quienes habían sido enviadas en misión y, sin embargo, en la práctica, les imponían su voluntad y ejercían su poder sobre ellos. Nuestras iglesias, si bien siempre deben guiarse por el Evangelio, deben mantener un diálogo de corazón, de inteligencia y de acción con quienes se encuentran fuera de su estructura.

La acción de Dios en la vida de Jesucristo es el paradigma de una misión incluyente animada por la perspectiva de la plenitud de la vida. En los caminos que emprende en su itinerario circular saliendo y entrando a su casa, de ida y vuelta, Jesús nos abre un camino. Invita a nuestras iglesias a participar en la misión de Dios, que es la salvación para todos.¹

Concretamente, el ejemplo de Jesús nos desafía a ser parte en esta misión de Dios por la liberación de los oprimidos. La vida de Jesús desbordaba compasión por quienes lo rodeaban. Jesús denunció el mal sin ambigüedades. Seguimos su ejemplo obrando en favor de la justicia y por la paz. Nuestras iglesias no pueden optar entre dar testimonio y no dar testimonio, participar o negarse a hacerlo, responder o no responder ante las necesidades de quienes están aplastados, marginados y oprimidos. Nuestra fe en Dios y en el Mesías hacen de nosotros una comunidad responsable de una transformación humanizadora.

La humanidad dentro y fuera de la Iglesia está desamparada, y toda la creación gime como una mujer con dolores de parto (Rom 8:22). Dios en Jesucristo es un Dios que ama, que acoge, que recibe y que salva a toda la humanidad y no sólo a la Iglesia. Es el primero que ama y acepta a la humanidad (1 Jn 4:10). La Iglesia en su conjunto y las iglesias de la ARM en particular, no pueden sino actuar en consonancia, aceptándose mutuamente.

La misión de Dios va más allá de las fronteras de la Iglesia y nos llama a colaborar con los demás en pro de la plenitud de vida. Abrir a los otros impone el ejercicio de la hospitalidad. El diálogo y la solidaridad con quienes comparten nuestra esperanza de plenitud de vida forman parte de nuestro testimonio. Así pues, nuestras iglesias, nuestras comunidades comparten el amor de Dios por el mundo; y el mandato de su pacto que pide hacer justicia, amar la misericordia y caminar humildemente con Dios (Mi 6:8) se convierte en nuestro modo de vida.

La misión cristiana vence nuestras divisiones

Todas las iglesias de la Alianza reconocen a Cristo como su cabeza. Él es quien ha de ocuparse de reconciliarlas y unir las a todas en el seno de la comunión que constituyen. Debemos tener presente el carácter de *semper reformanda* de nuestra herencia histórica y admitir que continuamente necesitamos reformarnos. Lamentablemente, la tradición suele transformarse en una ideología que privilegia a algunas personas y les permite ejercer su poder sobre los demás, avalando de esta manera una sed de poder, dominación y exclusión contrarios al Evangelio. Las iglesias miembros de la ARM que están en una misma zona geográfica, por ejemplo, deben esforzarse por superar sus divisiones y trasponer las barreras por el bien de la unidad. “*Dios da a cada uno alguna prueba de la presencia del Espíritu, para provecho de todos.*” (1 Co 12:7). Deben esforzarse en acciones concretas fundadas en el amor, participando en la construcción de una Iglesia y de un mundo, donde la plenitud de vida se haga realidad.

Vida en abundancia no es una abstracción. Es la promesa real que se hizo a toda la Iglesia, a toda la humanidad y a toda la creación: en su misericordia, Dios desea transformar el mundo entero. Se trata de *una realidad en proceso de realización* a través de una batalla concreta, en ocasiones, muy difícil y plagada

de sufrimiento. “Tal como hoy lo entiende la Iglesia, con la resurrección de Jesús de entre los muertos, el poder de la muerte y toda dominación fundada sobre la amenaza de la muerte ya han sido derrotadas y su final es inminente.”²

La perspectiva de restaurar la vida nos llama a poner fin a las contradicciones de nuestra vida eclesíastica, que impiden la realización del proyecto divino. Las tensiones entre lo sagrado y lo profano, lo interior y lo exterior, los compromisos abstractos asumidos en nuestras sublimes asambleas y la incapacidad de llevar a la práctica esos compromisos, se resuelven en la unidad. La espiritualidad y nuestros compromisos se encarnan en estructuras visibles, las cuales se ponen en práctica en el terreno. Ser y hacer ya no están separados.³

Algunas connotaciones éticas de la esperanza

La acción de la Iglesia está arraigada en la esperanza pascual que la conduce a construir un mundo de acuerdo al proyecto de Dios. Esta esperanza abarca todos los aspectos de la vida. Sus exigencias constituyen una norma ética para todas las iglesias y todos los creyentes. Se nos desafía constantemente a reexaminar las necesidades de nuestras comunidades y nuestra sociedad. La misión de Dios abarca esas necesidades, y también las trasciende.

La miseria, la exclusión y la destrucción del medio ambiente son consecuencia de un estilo de vida que menosprecia el amor de Dios por su creación. La avidez desenfrenada lleva a despreciar al prójimo. El deseo de poder otorga licencia para matar, destruyendo a nuestro prójimo y el medio ambiente que compartimos. Frente a esta amenaza, no podemos refugiarnos en la espiritualidad sentimental sostenida por algunos grupos de reavivamiento, presentes tanto dentro de la Iglesia como fuera de ella, ni reducir nuestra concepción de la misión al “lobby”.⁴ La misión se ocupa de la totalidad de la existencia y exige una ética global, esta “ética de la totalidad de la existencia”, de la que habla Calvino.⁵

Zaqueo no fue condenado por su riqueza (Lc 19:1-10). Se lo presenta como “hijo de Abraham”. Sin embargo, depender de la riqueza puede enceguecernos en nuestra tarea de ejecutar el plan de Dios. Para Zaqueo, los ciudadanos representaban una fuente de ingresos y era fácil engañarlos. El amor que el Señor le prodigaba rompió las cadenas de la explotación que lo atrapaban y por añadidura rompió las cadenas que mantenía cautivos a los pobres a los que explotaba. De esta forma, está en condiciones de enmendar sus errores, e inundado por la paz de Dios, el *shalom*, que altera el orden establecido, Zaqueo es liberado y recupera su humanidad. Jesús, en plenitud de la misión y sabiendo que él es el origen mismo de la misión, rehabilita a Zaqueo y le concede una vida nueva.

El juego del horror que se juega en este mundo pone en tela de juicio nuestra esperanza por una vida en abundancia. Sin embargo, la esperanza cristiana rechaza el fatalismo. Reinterpretar nuestra fe a partir del concepto de futuro

exigirá la transformación del presente mediante una práctica consecuente y una espiritualidad de resistencia. La iniciativa fundamental asumida por Dios en Jesucristo transmite la vida y la capacidad de crear un orden nuevo. “*Cristo nos dio la libertad para que seamos libres*” (Gá 5:1): sólo una criatura liberada puede volverse creativa. Lo mismo se aplica a las iglesias. La esperanza de la familia reunida en el seno de la Alianza debe dar lugar a un “poder de innovación que abra nuevos horizontes y nuevas posibilidades... para la creación”.⁶ La esperanza cristiana nos da “el coraje de ser” (Paul Tillich), de ser críticos en relación con nosotros mismos y de trabajar por “la civilización de la responsabilidad política colectiva”.⁷

No seamos como esos políticos que “sólo conocen la miseria extrema por lo que leen en las estadísticas”.⁸ Las cifras no hacen llorar a nadie. Los hombres, las mujeres, los niños que morirán del SIDA en África o en otros lugares, las víctimas del próximo conflicto étnico o de la próxima guerra civil, la próxima oleada de refugiados, de migrantes por razones económicas o de personas desplazadas en su propio país: “*son hueso de mis huesos y carne de mi carne*” (Gen 2:23) y es por ellos, tanto como por nosotros, que Cristo murió. La Iglesia que confiesa un Señor que vence a la muerte en la cruz debe confirmar esta confesión de fe con sus actos.

Esa es nuestra misión.

Preguntas

1. Determine algunos elementos que apunten a las necesidades y que hacen realidad “la vida en abundancia” en su comunidad. Si esos elementos no están presentes, y habida cuenta de que el llamado a la misión es permanente, ¿qué medidas concretas puede prever su iglesia a fin de unir esta promesa a las vivencias de los miembros de la comunidad y para que ellos se sientan parte de la familia de Dios, ese Dios que los llama sin hacer discriminaciones en función del sexo, la edad, la etnia o la raza?
2. En un contexto destrozado por las guerras, la pandemia del SIDA, los conflictos religiosos, etc., la Iglesia está llamada a luchar por el cambio a través de la reconciliación y la compasión. ¿Puede su iglesia determinar más específicamente la forma de proclamar el mensaje de “la vida en abundancia” a quienes ejercen el poder en su país? ¿Cómo puede participar su iglesia en la lucha contra todas las formas de violencia al enfrentar a quienes ostentan el poder en nuestro entorno?
3. ¿Qué significa, para nuestras diferentes iglesias reformadas, la siguiente cita bíblica: “...para que sean uno así como nosotros somos uno, yo en ellos y tú en mí para que sean perfectos en unidad...” (Jn 17:22-23)? ¿Qué factores impiden que esas iglesias estén unidas, por ejemplo, en un mismo país? Como miembro de la Alianza, ya ha pensado su iglesia en crear junto con otras una comunidad reformada más eficaz en su contexto? ¿Qué medidas

se han adoptado? ¿Qué problemas se han presentado? ¿Qué piensa hacer usted para que su iglesia responda a esta plegaria de nuestro Señor que expresa uno de los aspectos de la misión de Dios por “la plenitud de vida”?

4. Para continuar la pregunta anterior, podemos decir que “el testimonio forma parte integral de la vida de los discípulos de Cristo”. Como miembro de la familia reformada, ¿ha pensado en trabajar en su región en solidaridad con los demás, en relación con los problemas comunes que atraviesa la sociedad en la que vive? Mencione dos o tres iniciativas que emprenderá y por las que trabajará en el período de preparación de nuestra 24ª Asamblea General en Accra.

Notas

1. Cf. Hans Urs von Balthasar, *La Théologique III: L'Esprit de vérité* (Bruxelles: Cultures et Vérité, 1996), págs.426-427.
2. Jürgen Moltmann, *The Church in the Power of the Spirit* [La Iglesia en el poder del Espíritu] (Londres, SCM Press, 1977), pág.99.
3. “Como Dios mismo (la redención y la renovación del Reino de Dios) es universal y sin límites... El escatológico reinado de Dios, que Jesús como *Kyrios* (Señor) representa y cuyo poder ejerce... hace estallar los vínculos de un mundo dividido. Abarca tanto la vida religiosa como política, lo privado y lo social, los vivos y los muertos.” Moltmann, *ibid.*, pág.100.
4. Cf. W. Steen, “*Lobbyisten für die Rettung der Welt*” en *Der Überblick* 3, 2002.
5. André Biéler, *La pensée économique et sociale de Calvin* (Ginebra: Librairie de l'Université, Ed. Georg, 1961), pág.518. Con acierto, Biéler se pregunta que época ha necesitado tanto de esta ética como la actual.
6. Kä Mana, *La nouvelle évangélisation en Afrique* (Paris/Yaoundé, Cerf/Clé, 2000), págs.182, 186.
7. Kä Mana, *op. cit.*, pág.200.
8. International Federation for Electoral Systems, dispatch, November 22 2002, pág.17.